

LOS 80 AÑOS DE LUIS MERINO REYES

RONNIE MUÑOZ M. *

35



Luis Merino Reyes

No podemos—ni debemos—disimular nuestra alegría al celebrar las vitales y apasionantes ocho décadas de vida de Luis Merino Reyes, uno de los poetas mayores de nuestro país.

Nuestro jolgorio es mayor, si añadimos el hecho de que nuestro homenajeado acaba de publicar un nuevo poemario en el que reafirma rotundamente su prestancia poética y en cuyas páginas vuelve a cantar al amor con resuelto denuedo pasional.

Es corriente —y casi un lugar común— escribir un poema de amor en la adolescencia, pero hacerlo a los ochenta años es hazaña que condecora el espíritu de manera rotunda y ejemplar. Añadamos a ello, el hecho de que ser poeta en nuestro tiempo implica resolución y sacrificios de toda índole, pues al parecer estamos viviendo lo que Malraux calificó como “el tiempo del menosprecio”. Ahora se transa todo en el altar febril del consumismo y todo lo prostituye las ciegas leyes del mercado.

Por lo anterior, ser poeta es desafiar el sistema y estar compenetrado de un ingenuo heroísmo. Más le valdría a estos soñadores instalar una fábrica de salchichas o crear una financiera informal. Agreguemos a ello, que en el corazón del poeta cabe todo el dolor del mundo y que día a día nos estamos asomando a un mundo de violencia, horror y mediocridad, herencia de uno de los períodos más tenebrosos de nuestra historia republicana. Así, la conciencia del país se convulsiona ante las revelaciones de casos como el de los degollados y de otros actos crueles e insensatos contra la vida humana.

Pero, a pesar de todo, el canto del poeta, al igual que el del pájaro espino, sigue iluminando como una antorcha todos los caminos de la existencia; ello, porque el poeta conoce sus deberes y está resueltamente por

la vida y consecuentemente contra la muerte.

Luis Merino Reyes es una de las voces más ilustres de la Generación del 38. Junto a Mario Ferrero, Victoriano Vicario, Hernán Cañas, Oscar Castro y Braulio Arenas constituyen una pléyade de poetas de acrisolada excelencia. Ellos integran un grupo generacional signado por la Guerra Civil Española y por la ascensión al gobierno del Frente Popular. Es menester recordar en esta instancia que en la Generación del 38 se dieron prosistas de cimera envergadura, como Nicomedes Guzmán —el gran autor de “La Sangre y la Esperanza”— y otros de la estatura de Gonzalo Drago, Manuel Guerrero, Juan Godoy, Fernando Alegría y Enrique Araya, amén de dramaturgos como Edmundo de la Parra y ensayistas del brillo de Domingo Melfi y Mario Ferrero.

Retomando a Merino Reyes, es más que un hecho coincidental que, junto a su cumpleaños, haya publi-

cado su último poemario titulado “Aurora y Final del Día”. En este libro recorre con paso firme y acento resplandeciente las diversas estaciones del amor.

Son textos diáfanos, que recogen instancias amorosas de más de medio siglo y que se inician con “Retrato de Lucía” escrito en 1936, un poema de deliciosa arquitectura: “Quisiera detenerla con mi ruego/ o extenuar su visión en mis pupilas/ y no logro el vaivén de sus preguntas./ Ella regresa de un país distinto/ y se va sin decirlo, como el humo,/ más allá de mi asedio, de mi orilla,/ lleva extraños silencios en los ojos/ y se duerme en el viento su vestido”.

Reiteramos que el amor cubre como un persistente arco iris, el canto vivificante de este buceador de transparencias. Está —como dijimos— la pasión de la primera etapa y se llega a los rojos rescoldos del atardecer, no por maduros menos intensos y profundos.

Así como recorre el tiempo, el poeta va cambiando la forma de pregonar su verdad. A veces se asoma la modalidad del romance como en “Niña Ausente”: “La niña partió a su pueblo/ árbol le será mendigo,/ que duros de primavera/ lleva los pechos cautivos./ La niña partió a su pueblo/ viento le será mendigo,/ que en la brisa de su boca/ coge su intención el lirio...”.

En otras cadencias de “Aurora y Final del Día”, el autor le da lustre al soneto. Uno de los más logrados es “Soneto a Josefina”, tía-nodriza del poeta.

El poemario concluye con el capítulo titulado “Final del Día”. Aquí están el recuerdo y el recuento de los años vividos con la plenitud e intensidad de un espíritu irreverente y encendido: “Nada he leído, nada escribí, sólo es cierto/ lo que veo sin sombras falsarias,/ la heredad de mi culpa, tu blancura sin huella./ Me extravié tantas veces, un espejismo, un beso,/ otra luna con su lumbre bastarda/ esa esquina irisada que simulaba llegar al cielo,/ una cama encendida sin tu confiado sueño...”.

Luis Merino Reyes ha sabido navegar desde la aurora hasta la madurez de un canto al amor que no cesa. Lo ha vivido y cruzado todo, tal como dice en un texto: “Se han desgastado nuestros sentidos, pero estamos vivos...”. Al paso recuerda la edad de oro del amor, cuando “nos adornaba el deseo y la flor de la gula”; o los tiempos en que “nos perdíamos en los desvanes/ para abrazarnos semivestidos/ y la pasión nos hacía saltar las sienas...”.

Se trata, en suma, de un canto que “no morirá junto al mar”, de una exaltación amorosa que por su permanencia aspira a la sublimidad de lo eterno.

Saludamos las ocho fértiles y ejemplares décadas de Luis Merino Reyes, recibimos con admiración su nuevo libro, y proclamamos que las letras nacionales tienen una deuda abierta e impagable con este escritor y amigo de tan serios y ejemplares frisos intelectuales.

(*) El autor es escritor y periodista. El texto corresponde a su discurso en acto de homenaje a L. Merino Reyes, en la Universidad de Chile.